contaba con apoderarse de la plaza antes de las 11 a. m., hora en que se **había calculado** llegarían á Casas Grandes los federales.

A la cabeza de una pequeña columna, recorrió el terreno Madero, poniendo en serio peligro su vida á pesar de las observaciones de su E. M.

BATALLA DE CASAS GRANDES

Desde las ruínas de Moctezuma, donde, como decimos, hubo de replegarse Madero una vez fracasado su reconocimiento preliminar del terreno, se dominaba perfectamente la ciudad, viéndose los cuarteles y casas que habían fortificado los federales en Casas Grandes.

Esta importante posición, en poder de los rebeldes desde la tarde anterior, había dado márgen á un espectáculo curioso, que pinta bien á las claras las índole psicológica de tan singular contienda.

Los federales no dispararon un sólo tiro, y en mútua contemplación ambos bandos, nadie hubiera presumido que los dos estaban dispuestos á destrozarse al día siguiente.

Los revolucionarios alcanzaban á ver desde sus posiciones, el tránsito por calles y plazas de jefes y oficiales enemigos, que no parecían preocuparse gran cosa por la presencia del enemigo á la vista.

A los revolucionarios no dejaba de sorprenderles la facilidad con que habían logrado la adquisición de tales posiciones, así como la posesión de las orillas del río, magníficamente protegidas, naturalmente, por los accidentes del terreno.

Y tanta era la extrañeza que esta pasividad de los federales les causára, que todos creyeron estar minadas las entradas de la ciudad, obedeciendo tal flema á la seguridad que abrigaban los federales de poder volar á su enemigo en momento oportuno.

Madero, después de algunas horas de permanencia en las citadas ruínas, retiróse con toda su gente á Rancho Hondo, dejando á Hay allí con nueve hombres.

La noche del 5 de marzo, Hay comenzó á posesionarse, siguiendo el plan trazado, una á una, de las primeras casas de la ciudad, llevando la operación á cabo con la mayor felicidad y sigilo.

Este escalonamiento, idea de Hay, dió grandes resultados, hasta el punto de que á las doce p. m., de la noche de aquel día, el Coronel Hay, al retirarse á Rancho Hondo á recibir órdenes para el día siguiente, había conseguido fortificar y posesionarse de casi todas las casas de las afueras de la ciudad. Además, destacando un grupo desde las ruinas de Moctezuma hasta el puente del río, había logrado cortar la comunicación con el exterior por el lado Norte de Casas Grandes.

A las tres y media, a. m., del siguiente día (6 de mayo) todas las fuerzas que habían pernoctado en Rancho Hondo, pusiéronse en marcha hacia Casas Grandes, listas para el ataque.

Formáronse por compañías, y á la luz de grandes hogueras, dirigióles una corta alocución Madero, y otra Hay, excitándolas al combate.

A la temblorosa luz de las llamas, dice Hay que relucían con brillo singular los **ojos** y las **armas** de los asaltantes de Casas Grandes.

El plan de batalla consistía en atacar por el S. y N. la plaza, reservándose el entrar por la primera brecha favorable, cosa que habría de indicar el desarrollo de la misma.

Garibaldi y Raul Madero, se encargarían del lado Norte.

El Coronel Soto y Hay, del Sur.

Tanto Garibaldi como Raul Madero, rogaron insistentemente al señor Madero permitiese á Hay entrar al ataque en su unión y compañía.

Soto se opuso y tras empeñada discusión decidióse atenerse al plan primeramente acordado.

La columna Hay-Soto componíase de unos cien hombres, y desde luego marcharon decididamente hacia el interior de la ciudad, cortando á su paso las cercas de alambre que la fantasía de los **confidentes,** había imaginado formidables y repletas de dinamita, cosa enteramente desprovista de fundamento.

Obviado este inconveniente, con el auxilio de las tenazas y del machete, repentina descarga nutridísima, procedente de las azoteas cercanas, vino á sembrar el pánico en las filas de Hay, donde de primera intención registráronse sensibles bajas.

La dispersión fué completa en este primer encuentro.

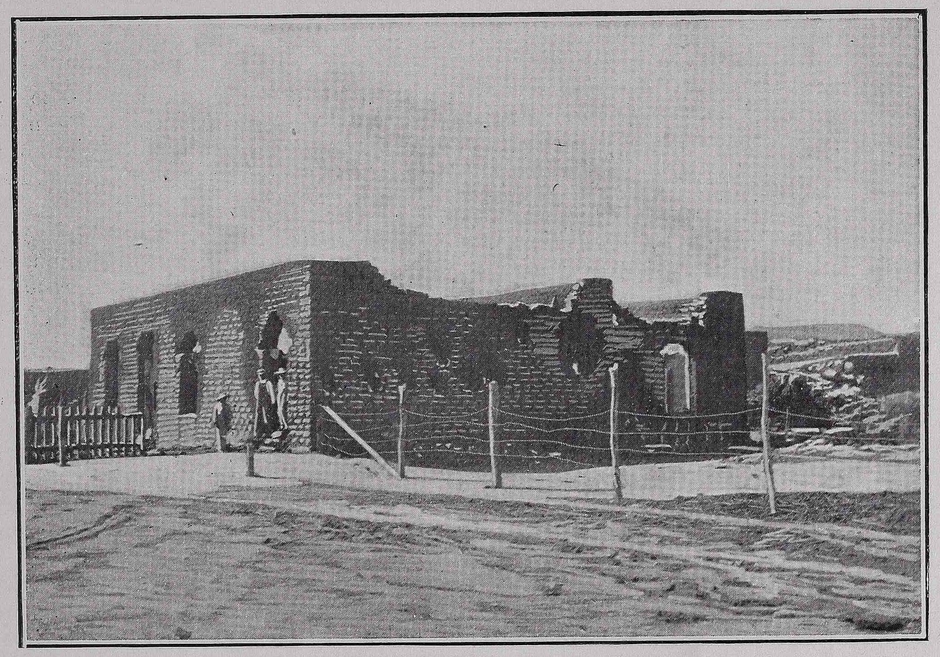
Hay, en este primer saludo federal, de aquella jornada tan sangrienta, sintió atravesado el hueso del muslo por una bala maiiser.

Hay, ligóse como pudo su herida y para petándose con su gente tras de las casas, dedicóse á atacar denodadamente el cuartel número siete y el puesto número cuatro.

Con cuatro hombres, provistos de bombas de dinamita, acercóse al cuartel número siete.

Digamos algo de las famosas bombas.

Construíanse éstas con tubos de acero de dos pulgadas de diámetro y unos veinte centímetros de longitud, y estaban provistas de roscas en sus extremos y una tapa perforada para permitir el paso de la mecha.



Casa donde heroicamente se batió Hay, durante un día en Casas Grandes

De la parte posterior de cada proyectil, se hallaba sujeto un cordel ó **mecate,** con un nudo en la punta, (para evitar resbalase) de unos cuarenta centímetros de longitud.

El individuo encargado del manejo de la bomba, hacía girar el proyectil, merced á la cuerda, á guisa de honda, y con alguna práctica podía lanzar éste á cuarenta á cincuenta metros de distancia.

La duración de la mecha era de siete á diez segundos, tiempo suficiente para hacer dar á la bomba un par de vueltecitas antes de lanzarla contra el blanco necesario, tardando otros tres segundos en verificarse la explosión.

Hay, atacó el cuartel número siete en esa forma, por cuatro veces consecutivas.

La primera, con dos hombres que cayeron; la segunda, con otros dos que corrieron igual suerte, y las restantes con tres hombres, en cada ocasión, muriendo todos.

Las balas de los del cuartel, llovían en derredor del temerario, que no parecía sino que gozase de extraña protección, pues durante toda aquella maniobra, resultó ileso, fuera de su herida recibida al principio de la jornada.

Consiguió el Coronel Hay, hacer explotar con buenos resultados—pésimos para el enemigo—tres bombas.

Al final de este episodio, y al volver Hay por más gente, ésta al verle regresar **siempre solo,** negóse rotundamente á seguir empleando el referido medio de ataque.

Entre tanto, el Coronel Soto, no parecía por parte alguna, y Hay hubo de hacerse cargo total del mando.

Comenzaba á amanecer; las primeras y ténues tintas del cercano día permitían apenas distinguir los contornos, cuando el Coronel Eduardo Hay, después de haber reunido con supremo esfuerzo alguna de su gente dispersa, lograba avanzar y posesionarse de unas casas cercanas al cuartel número 7, y puesto número cuatro.

Flores Alatorre, con veintidós hombres, quedóse guarneciendo una de ellas, Guadalupe Treviso, otra, y Hay, con diez y ocho, quedóse en la más cercana del cuar-